

SU LLAMADO



TODO COMIENZA CON un llamado claro, específico y audible en nuestro espíritu, que se va haciendo cada vez más audible con el tiempo. Al principio, es ese susurro suave del Espíritu, que por ser suave a veces lo ignoramos porque sabemos lo que conlleva. Es como una neblina que poco a poco se va disipando hasta que vemos todo el panorama mejor.

Debo confesar que luego de ver lo que mis padres pasaron durante su ministerio en Cuba y luego como misioneros en España, lo menos que yo quería ser era pastor, pero Dios me señaló un día con el dedo índice y me dijo: “Ven para acá”. Desde ese día, él me ha indicado con ese dedo qué hacer y a dónde ir. El dedo de Dios que apunta el camino te señala dónde debes ir.

“Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios”.

—ROMANOS 11:29

El llamamiento no es canjeable ni viene con derecho a devolución. Tampoco se puede pasar a otra persona; o sea, no es transferible. Es personal e intransferible. No se puede anular. No tiene marcha atrás. No se puede pintar de otro color para que luzca como algo que no es.

El llamamiento ocurre una vez, y la respuesta al llamamiento también se da una vez y es firme. Dios no llama dos, tres o cuatro veces. Nos llama una sola vez. Nosotros podemos evadir el llamado, o negarlo muchas veces hasta que tomemos la decisión sensata. Dios no se equivoca, jamás.

“HEME AQUÍ”: EL LLAMADO DE DIOS

“Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí”.

—ISAÍAS 6:8

En cuanto al llamado a servir a Dios, la Trinidad pregunta: “¿Quién irá por nosotros?”. Y ese: “Heme aquí Señor, envíame a mí” aún es necesario, requerido, probado, y tiene que ser aprobado. El siervo, el enviado, tiene que ser aprobado, cualificado y preparado. Tengamos esto claro: sin Dios nosotros no podemos hacerlo, y sin nosotros Él tampoco lo hará.

Podemos extraer doce enseñanzas principales de este versículo:

1. **Aprobación.** Primeramente, nuestro corazón tiene que estar bien con Dios, a tono con Él. El versículo 7 contiene el contexto: “Y tocando con él sobre mi boca, dijo: He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa, y limpio tu pecado”. Es necesario recibir el “toque” de Dios en nosotros, de tal forma que resuelva primero el problema del pecado y de la culpa. Estar limpios de pecado, libres de culpa. Sin este requisito, no podemos servir a Dios. La culpa es un peso que nos impide progresar, avanzar, subir, escalar. Nos tira para abajo, nos detiene, nos hace más lentos. Dios quiere que “corramos con los caballos”, con los rápidos, con los fuertes. Cuando arreglamos el problema del pecado y nos quitamos el peso de la culpa, tomamos velocidad ministerial. Nos espera un mundo necesitado porque está herido, enfermo y desorientado. En Hebreos 12 se nos invita a despojarnos de las cosas que pesan en nuestra vida, de aquellos pecados que nos impiden correr e ir más rápido.
2. **Receptividad del llamado.** “Después oí la voz del Señor [...]”. Una vez que Dios nos toca con su fuego santo y quema todo aquello que impide servirle, libera también nuestro “sistema auditivo espiritual” para volvernos receptivos a su voz antes de su llamado. En el versículo 7, toca primero su

boca y luego sus labios, ya que después de confirmar el llamado y comprobar su capacidad de usar su oído espiritual, lo primero que le pide al enviarlo es: “Anda, y *di* a este pueblo [...]” (v. 9, itálicas añadidas). Es decir, ha de usar sus labios para declarar el mensaje de Dios. *Ahora puedes hablar porque fuiste enviado. Ahora puedes hablar, ser la voz, porque primero pudiste oír su voz.*

3. **La especificación de las preguntas o demandas de Dios.** “¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?”. No todos los “enviados” terminan “yendo”. Por otra parte, también hay algunos que “van” sin ser enviados. Hay que estar en sintonía con Dios y sus especificaciones o demandas. “¿A quién enviaré?” es una pregunta para todos sus seguidores, pero se vuelve personal cuando ese “quién” eres tú. A veces, cuando Dios nos pide algo específico, preguntamos: “¿Quién? ¿Yo?”, y eres el único en la habitación. No hay nadie más. Sabes bien que eres tú y te está preguntando: “¿Te enviaré a ti? Te estoy llamando porque te estoy invitando a ir”.
4. **La representación de Dios.** “¿Quién irá por nosotros? ¿Quién será nuestro sustituto? ¿Quién nos representará? ¿Irás y harás lo que tienes que hacer en lugar de Dios?”. Cuando Él nos llama somos sus representantes. Es lamentable que Dios esté hoy tan mal

representado en muchos círculos cristianos. Ese ministro no representa al Padre, ni al Hijo, ni al Espíritu Santo.

“Así que, somos embajadores en nombre de Cristo”.

—2 Corintios 5:20

5. **La respuesta del hombre.** “Entonces respondí yo [...]”. Siempre hay un “entonces”, un momento en el que se enciende el foco, un: “¡Eureka!” o: “¡Ya lo tengo!”. Ese momento de transición entre la pregunta, el inquirir de Dios y la verbalización de la acción, el “responder”, representa la bisagra, la respuesta al llamado. Nadie responderá por ti porque es un asunto personal e intransferible. Hay un momento específico en el que podemos exclamar: “Señor, ¡aquí está mi respuesta al empujón que me acabas de dar con tus preguntas!”.
6. **La disponibilidad del hombre.** “Heme aquí [...]”. La palabra *aquí* significa ver dónde estás, partir de dónde te encuentras. Entender tu entorno y tus alrededores. *Aquí* es tu realidad. ¿Qué es lo que te rodea? ¿Cómo está la situación? “Heme aquí” es una decisión calculada, no emocional ni temporal. Es hacer un balance de nuestros recursos espirituales, emocionales y físicos y traerlos a los pies de Cristo. Cuando

haces esto, el siguiente paso, es decir: “Señor, ¡vámonos!”.

7. **La vulnerabilidad del hombre.** “Heme aquí [...]” es una expresión de apertura y rendición total. No es llegar al final del camino y decir: “Bueno, no me queda otra” o: “Mejor hago esto”. Es comenzar el camino: ese largo viaje de servir a Dios hasta el final, pero que comienza con un: “Heme aquí, aquí estoy para ti”. No se trata de lo que ya has recorrido, sino de lo que estás por recorrer. Es abrirte de par en par y en un sentido decir: “Este soy yo. Este es mi corazón, haz lo que tienes que hacer. Te doy permiso”.

8. **La preparación por parte de Dios.**

“Envíame a mí”. No se envía un soldado a la guerra sin prepararlo. No se envía un atleta a las olimpiadas sin entrenarlo. No se entrega un rebaño a alguien que no ha estado con ovejas ni las ha cuidado. Esto es discipulado, y requiere tiempo. No es posible preparar a los que dicen: “Envíame a mi” apretando botones en un “microondas” ministerial. Para obtener resultados a largo plazo se necesitan plazos largos. Es muy cierto que hay cierta urgencia de preparar y enviar a hombres y mujeres a servir al Señor, pero no podemos “acelerar” el proceso. Así como a Jesús le tomó

años preparar y entrenar a sus discípulos, igual nos toca a nosotros. Cuando decides irrevocablemente ir, ser enviado, declarar “envíame a mí” estás respondiendo a la pregunta de la Trinidad: “¿Quién ira por nosotros?”. Entonces, puedes estar seguro de que tienes todo lo que Dios requiere, respaldando tu decisión, tu entrega, tu primer paso de ir, de hacer y de obedecer al llamado.

9. **La dirección está relacionada con el “envíame”.** Pablo dice que somos cartas abiertas. Para ser enviados, necesitamos el remitente, el “aquí” donde estamos; pero también necesitamos la “dirección” a donde vamos, hacia donde nos dirigimos. Por supuesto, necesitamos el “sello” de aprobación y de circulación del Espíritu Santo.

“¿Comenzamos otra vez a recomendarnos a nosotros mismos? ¿O tenemos necesidad, como algunos, de cartas de recomendación para vosotros, o de recomendación de vosotros? Nuestras cartas sois vosotros, escritas en nuestros corazones, conocidas y leídas por todos los hombres; siendo manifiesto que sois carta de Cristo expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón”.

—2 Corintios 3:1-3

10. **Circulación es lo que ocurre cuando te abres para ser usado.** No puedes ser “enviado” si permaneces en tu “aquí”. El “aquí” es cómodo y seguro; es lo conocido y familiar. No te “engavetes”. Ponerse en circulación para servirle te llevará a lo desconocido, a lo poco familiar y quizás no tan amigable. Es posible reconocer a los que están en “circulación” y a los que están pasivos. Puedes percibir su pasión por lo que hacen para el Señor.
11. **La supremacía de Dios.** La palabra “Señor” está en esta oración antes que el “mí”. El señorío de Cristo es vital y primordial. Él es el principio de todo. Él debe estar en el principio de tu ministerio. A veces en el principio hay caos y desorden, pero cuando Dios comienza a hablar en tu ministerio y sientes que la creatividad del Espíritu se mueve sobre la faz de tus deseos, planes y proyectos, entonces se crea todo un mundo a tu alrededor que no existía antes y que no habías visto. No se trata solo de la supremacía de Dios; Él es supremo; sino de su primacía: Él es primero. Nótese esta secuencia en crecimiento:

“Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los

cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre”.

—Colosenses 1:15-19

“Él es la imagen [visible] del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en Él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de Él y para Él. Y Él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en Él subsisten; y Él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, el que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia; por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud,”

—Hebreos 1:1-4

“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la

diestra de la Majestad en las alturas, hecho tanto superior a los ángeles, cuanto heredó más excelente nombre que ellos”.

—Filipenses 2:9-11

12. El protagonismo del hombre enviado. El “mi” está en segundo lugar, no en segundo plano ni detrás de bastidores o del telón. Saltaste al campo de juego: ya no eres un espectador sino un protagonista. No es: “Heme aquí envía a mi hermano”. Se trata de ti. No mires para los lados: eres tú. Ahora estás ahí para ponerte en la brecha. Es hora de actuar.

EL LLAMAMIENTO A MOISÉS (ÉXODO 3)

Moisés era pastor. “Lideraba” ovejas de lana.

- ¿Cómo son los candidatos de Dios para al liderazgo? ¿Qué criterio tiene Dios para escoger a sus hombres y a sus pastores? La respuesta está en 1 Corintios 1:25-31:
- No muchos son sabios, poderosos o nobles (de abolengo, de la alta sociedad) Dios escoge a necios, débiles (sin influencia ni fuerza política, económica, etc.), viles (bajos), menospreciados (subestimados, discriminados), “donnadies”, etcétera.
- Jesús le dijo a Pedro cuando confirmó su llamamiento: “Apacienta [pastorea] mis ovejas” (Juan 21:15-17).

I El llamamiento primero es *visible* (ver) (v. 2-3).

- Dios nos hace “ver” o tener una visión de lo que conlleva ser llamados a servirle.
- No siempre será algo visiblemente tangible a los ojos físicos, pero en el caso de Moisés, “apareció el Ángel de Jehová” (epifanía) y una “llama de fuego”.
- Esto hizo que Moisés “mirara” más que un arbusto quemándose en medio del desierto: “Y veré esta grande visión [...]”.

II El llamamiento en segundo lugar es *audible* (oír) (v. 4).

- Cuando Dios ve que Moisés “abre” los ojos; que quiere ver la visión; lo llama audiblemente: “Lo llamó Dios de en medio de la zarza”. Y lo llamó por su nombre: ¡Moisés!
- Dios tiene muchas maneras de hablarnos en el llamamiento. Lo puede y lo hace muchas veces por medio de ese susurro del Espíritu que nos habla en lo más profundo del corazón. En otras ocasiones, lo hace a través de su Palabra cuando leemos algo en un momento y lugar específicos. De igual manera, cuando hemos oído un mensaje

traído por un oráculo de Dios (un mensajero) y es para nosotros; no podemos evadirlo ni negarlo.

III El llamamiento en tercer lugar es *tangible* (sentir/tocar) (v. 5).

- Es palpable, no solo en el sentido objetivo, sino subjetivo. Sientes cuando te llama, porque su llamado trasciende de lo espiritual a lo físico. Dios llama a todo lo que somos en espíritu, alma y cuerpo. No es un llamado etéreo ni místico. Dios lo hace en un lugar y entorno específicos y en un momento determinado. No es un rayo de luz que cae del cielo sobre tu cabeza, ni una voz de tono barítono con eco que te habla desde el cielo, aunque sí sientes que “se prendió el foco”. En ocasiones, el llamamiento puede llegar en una serie de mensajes subliminales y otros directos. En efecto, vas a palparlo en la dimensión física en la que tú y yo vivimos y funcionamos.
- Al igual que Moisés, no has de “apoyarte” en lo que te lleva, por muy bien que te quede (tus zapatos/calzado), o en la comodidad de lo familiar. El ministerio es otro terreno en el que te mueves en otra capacidad.

- Hay una simbología especial con el Señor y sus siervos “descalzos” delante de Él. El estar descalzos conlleva un sentido de vulnerabilidad, de impotencia, de entrega. Lo mismo ocurrió en la Última Cena. El Maestro los convocó, no solo para comer juntos por última vez antes de que Cristo conmoviera al mundo, la historia y la dimensión espiritual y eterna: sufrir lo indecible, ir a la cruz por la humanidad y después resucitar al tercer día. Los convocó para lavar sus pies sucios. Esa palangana de agua sucia contenía mucho de lo que a todos nosotros se nos pega del mundo.
- En su breve obra *Daybreaks*,¹ el teólogo Nathan Mitchell narra lo siguiente: “El novelista Luigi Santucci escribió en su tiempo: ‘Si pudiera tener una reliquia de la pasión de Cristo, sería esa palangana o lebrillo de agua sucia. La llevaría a las calles [...] de persona en persona, mirando solo sus pies y nunca sus rostros, para no distinguir entre amigos o enemigos. Desde traficantes de drogas y de armas, adorables bebés y abuelos cariñosos, pasando por pillos comunes y estafadores [...], a todos les lavaría los pies; y seguiría lavando

pies hasta que entendieran. No es nuestra responsabilidad decidir quién se salva. Nuestro trabajo es elegir servir. El ejemplo de Jesús nos sugiere que no discriminemos en lo absoluto en nuestro juicio. Miremos los pies, no los rostros. Sirvamos a todos porque Cristo murió para salvar a todos”.

La visión de la zarza ardiendo y que no se consumía, representaba la visión y el mensaje del ministerio de un líder; era un mensaje visual y directo; el *Power Point* de Dios. Es necesario que nazca un “fuego”, algo que *arda* en ti para servirle. Debes servir a Dios “encendido” con su fuego y su pasión, pero cuidando *que este no te consuma*.

Cuando no manejas ni administras bien el fuego y el celo del servicio a Dios, este te puede consumir y fundir. En mi libro *Pastores de carne y hueso*, menciono la triste realidad de que dos de cada tres ministros terminan mal, que un promedio de mil ochocientos pastores al mes tira la toalla.

Hablando con un ministro veterano, ya octogenario, notaba en su voz la pérdida de esa pasión y ánimo. No era por su avanzada edad, sino porque había sufrido de depresión durante meses, quizá por sentirse ya inútil y no poder hacer lo que siempre estuvo acostumbrado, o por haber pasado a un plano en el que ya no era visto ni escuchado. No es extraño para un pastor pasar por momentos de depresión y angustia. El gran reto consiste en dejar de ocultarlo o develarlo a su conyugue y consiervos allegados, de manera de buscar ayuda y apoyo. Sin embargo,

la mayoría evita buscar esa ayuda y ocurren cosas nefastas como las que estamos viendo hoy en día. Oímos de casos de suicidio de pastores que no dieron señal alguna de estar viviendo un infierno por dentro mientras que por fuera aparentaban estar bien.

Cuando me entero de consiervos que se han quitado la vida debido a las presiones y un montón de razones complejas, se me desgarran el corazón. Hace unos años, en noviembre del 2013, me

conmovió la terrible noticia de un pastor de una congregación numerosa en el estado de Georgia, aquí en Estados Unidos, que se quitó la vida de un

Cuando no manejas ni administras bien el fuego y el celo del servicio a Dios, este te puede consumir y fundir.

disparo frente a su casa mientras la congregación y su familia lo esperaban para comenzar el servicio el domingo en la mañana. Al parecer, sufría de una profunda depresión maniaca. Supimos que unos meses antes él mismo había evitado que alguien más cometiera suicidio. Este mismo pastor estaba bajo tratamiento y aun así se quitó la vida.

Más recientemente, me llegó la triste noticia de un pastor en Brasil que había sido líder superintendente de una denominación prominente en ese país, y que también se quitó la vida. Pero lo más horrible fueron los comentarios en Facebook de la gente sobre este terrible suceso: muchos lo enviaban al mismo infierno, otros aseveraban que nunca había sido cristiano, otros lo demonizaban, y muchas otras atrocidades. Luego de todo lo que expresó en la carta de despedida que incluyo más abajo, se le culpó

de algo que se comprobó que no había cometido. Todo un calvario para la familia después que este pobre hombre hizo lo impensable en un ministro del evangelio.

Yo no quiero hacer hincapié aquí en el tema teológico ni doctrinal del suicidio, sino en la urgente necesidad que hay en nuestras filas de buscarnos más los unos a los otros, esto es, los que estamos sirviendo al Señor y al frente de batalla, y ser medicina y ayuda mutua. Esta es la carta que dejó el pastor, la cual vale la pena analizar para poder prevenir y detener la influencia que viene del mismo infierno contra los siervos de Dios:

“Hagas lo que hagas por ellos, nunca te lo van a agradecer. Aunque postergues a tu familia por entregarte a ellos, “es tu deber” dirán, y te criticarán porque prefieres a tu familia o porque los pospones. Te criticarán porque predicas, porque oras, porque ayudas al necesitado, porque no estuviste para sus cumpleaños. La gente siempre se olvida de todo lo que haces por ella. Se enojarán contigo, tomarán su familia y se irán de la iglesia sin decirte *adiós* ni mucho menos *gracias*. El ministerio duele, hace daño. Vives en soledad y depresión constante. La gente no se interesa por su pastor, ni por lo que le pueda suceder o lo que lo haga sufrir. Si te enfermas, dirán que estás en pecado; si te va mal en las finanzas, dirán que administras mal el dinero; si tienes conflictos en el matrimonio, dirán que no eres un buen sacerdote de tu hogar; si se va la gente, dirán que es tu culpa; si tus hijos se desvían, dirán que tus hijos son demonios o qué clase de padre eres. Al final,

nadie está para el pastor. A nadie le importa su vida ni sus necesidades” (Pastor Julio Cesar da Silva).²

Justo anoche, un querido colega pastor de la misma denominación en Brasil, me informó de otro suicidio en el mismo concilio del pastor Julio Cesar da Silva. Al hablar de esto con unos amigos, me preguntaron por qué estaba sucediendo esto. Es una pregunta cargada de complejidad, al igual que la respuesta. En mi limitado conocimiento de esta problemática, tan solo pude decirles que desde que comienza su ministerio, todo pastor absorbe un catálogo de problemas sintomáticos de la decadencia humana. Todos estos problemas con los que tiene que lidiar, trabajar, procesar y buscar soluciones emocionales, sociales y espirituales a lo largo de su ministerio, van calando y penetrando su alma. Todas las situaciones con las que lidia a diario se van adhiriendo a su propia psiquis y pueden afectarlo, a no ser que tenga una buena válvula de escape.

Como consejero, el pastor no puede rechazar todos los problemas que se le presentan semana a semana, pero sí puede tener un sistema de reciclaje emocional y espiritual para evitar que todas esas situaciones, que son como la *kriptonita* del pastor, puedan debilitarlo y neutralizarlo, eliminando su eficacia ministerial. Estas válvulas de escape pueden y deben ser muchas cosas y personas que lo puedan ayudar a mantenerse saludable mental, emocional y espiritualmente, aparte de físicamente, que es vital en todo esto. Lo triste, es que muchos pastores pretenden manejar y administrar todo por sí solos, pero la realidad es que no somos Superman, sino seres de carne y hueso. Al

escribir esto, me llega otra noticia de una pastora también en Brasil, de la Iglesia Cuadrangular, que usó el mismo método de suicidio de los otros pastores. Los que la conocían solo hablan de sus virtudes como una mujer de Dios: valiente, amable, dedicada a la obra y apoyando siempre a su esposo, el pastor de la congregación. Sin duda, había una tormenta de muerte que estaba azotando por dentro a esta hermana consierva que nadie sabía ni podía detectar y, con la ayuda de la opresión satánica, tomó la decisión de acabar con su vida. No puedo imaginarme el dolor y el daño que esto ha dejado en su esposo, hijos, congregación y denominación.

En los Estados Unidos, estamos comenzando a ver más ministerios paraeclesiales dentro de las denominaciones que tratan de contrarrestar todas estas crisis que atraviesan los ministros; desde las menos peligrosas, como el desánimo que todos podemos sentir de vez en cuando; pasando por los problemas matrimoniales y posibles divorcios; la soledad; hasta las más profundas, como la adicción a la pornografía y otras formas de depresión con tendencias suicidas. Existe un ministerio de servicio en Estados Unidos, provisto por la Junta Norteamericana de Misiones (Bautistas del Sur) en conjunto con Enfoque a la Familia, que provee atención y cuidado pastoral a través de un número telefónico gratuito (1-844-727-8671) de 8 de la mañana a 10 de la noche, hora del este. Se asegura confidencialidad absoluta al tratar cualquier tipo de problema. Otras denominaciones están comenzando a invertir recursos en apoyo pastoral para que los líderes reciban ayuda integral: lugares de retiro y descanso donde pueden desconectarse del ministerio durante unos días o semanas

para “recargar las baterías”, como es el caso de la Iglesia Cuadrangular (Foursquare Church) y su programa “Soul Care” (Cuidado del Alma).

Se trata de un tema delicado que no ha de tratarse a la ligera. Además, es un tema que compete a consejeros clínicos y profesionales, específicamente a psicólogos cristianos que puedan ayudar a salir del pozo de la desesperación, donde hay oscuridad, tinieblas y muerte, a todos esos pastores que están pasando por estas circunstancias. No se trata únicamente de oración, que es necesaria y en grandes dosis, tampoco de una ristra de versículos y pasajes bíblicos, ni tan solo de liberación en el sentido más amplio de la palabra. Se trata de una serie de sesiones indefinidas en las que el profesional puede auscultar el corazón y la mente y sacar poco a poco, sesión a sesión, esas cosas tenebrosas que penetran el alma y se apoderan de ella de tal forma que pueden llevar a la persona a cometer algo tan atroz como quitarse la vida. Se trata, de cierta manera, de modificar la voluntad de la persona para que esta tome de nuevo el control de su vida.

Pero lograrlo toma tiempo. Es un camino largo que busca evitar el terrible final de la autodestrucción a través de un nuevo comienzo. Todo el proceso puede llevar meses o años, y ha de hacerse con la ayuda de la familia cercana. El reto, es que los que están sufriendo de estos males se armen de valor para buscar ayuda. Entendiendo que, en el campo de batalla de sus mentes, el enemigo se ensaña bombardeándolos constantemente con dardos de negativismo, derrota, desesperanza y un sinnúmero de ataques constantes y reales. Bien claro lo dejó el apóstol Pablo en 1 Corintios 12:26: “Si un miembro padece, todos

los miembros se duelen con él”. No solo nos identificamos, sino que nos solidarizamos con todos aquellos que en silencio y en privado sufren estos ataques infernales, y estamos orando y declarando vida, salud, protección y sanidad en el incomparable nombre de Jesús.

EL EQUILIBRIO

¡Hay que arder en el ministerio sin consumirse o quemarse! Mantener este equilibrio es todo un arte. A medida que envejeces, ese “fuego”, físicamente hablando, va disminuyendo por ley de vida. El cuerpo no responde con la misma velocidad y capacidad. Debes ser consciente de ello, ya que, de no hacerlo, el mismo cuerpo y sistema te pasará factura. Guarda tus fuerzas, administra bien tu tiempo y tus emociones. Mantener ese equilibrio otorga más años de ministerio fructífero. Nosotros mismos somos culpables de frenarnos y disminuir la calidad de nuestro ministerio al no cuidar aspectos básicos en nuestras vidas. Recomiendo leer el capítulo 9 de mi libro *Pastores de carne y hueso*, titulado:

Tenemos que depositar en los que nos preceden ese germen de vida, de esperanza, de brío, de entrega total con ese fuego que arde y no consume

“Renovarse, reciclarse, refrescarse”. Este capítulo es un llamado a cuidar nuestra “geografía externa” para mantener el hombre interior con ese vigor de

servicio a Dios. Debo confesar que mantener esa disciplina en mi vida es un reto diario. No podemos ni debemos bajar la guardia. Después de todo, queremos pasar

la antorcha encendida y no una antorcha extinguida, a la próxima generación de líderes.

Hay un momento en el que tenemos que ceder; es decir, pasar a otros lo que hemos cuidado con ahínco y celo en el ministerio. Después de todo, alguien hizo lo mismo con nosotros al confiarnos el ministerio cuando había vida, verdor, energía y pasión; y no cuando había muerte, descontento y falta de visión. Tenemos que depositar en los que nos preceden ese germen de vida, de esperanza, de brío, de entrega total con ese fuego que arde y no consume.

En el versículo 3, Moisés responde: “Iré yo ahora [...]”. Tenemos que acercarnos, ir hacia la presencia de Dios. Independientemente del tiempo que lleves en tu ministerio, no puedes dejar de ser curioso, de buscar lo que Dios quiere hacer y está haciendo con y en tu vida.

Al final del versículo 4, encontramos un “Heme aquí”. Pero ese no es el único “heme aquí” en las Escrituras, ya que esa es una de las cualidades que Dios quiere ver en nosotros: disponibilidad. Él no busca tanto capacidad, ni pedigrí, ni popularidad; sino que estemos dispuestos a decirle al Señor: “Aquí estoy para ti, úsame”.

En este mismo pasaje, vemos en el versículo 5 que necesitamos aprender a pisar firme sin “sandalias”; es decir, descalzos. Y me pregunto: ¿Se puede pisar firme sin estar calzados? Así lo requiere Dios: para entrar en esta dimensión de servicio a Dios, necesitamos estar descalzos ante su presencia.

El mejor ejemplo lo tenemos cuando Jesús les lavó los pies a los discípulos. En ese momento eran vulnerables a los manos de Dios y su pureza. ¿Te imaginas a Dios mismo lavándote los pies? Esta escena representa dependencia y

vulnerabilidad, todo lo contrario al concepto de liderazgo que tiene el mundo, donde el “pez gordo se come al chico”, donde “perro come perro”.

El llamamiento es claro de parte de Dios: primero dice “Ven [...] ahora” y luego: “Y te enviaré” (v. 10). Antes de ir a ministrar y servir al pueblo de Dios, tenemos que ir a Dios. No podemos dar de lo que no tenemos. No puedes dar de Dios, si no tienes de Dios.

De acuerdo, la tarea es dantesca, enorme, difícil, imponente; no cabe en nuestra mente finita y limitada. A cualquiera le tiemblan las piernas y las ganas. De ahí la gran pregunta existencial y de capacidad humana en el versículo 11: “¿Quién soy yo?”. ¡Ojo! Siempre el servicio a Dios nos confronta con nuestra *identidad*. Cuando Moisés lanza esta pregunta, está haciendo un inventario de sí mismo:

1. No era elocuente; es decir, no tenía facilidad de palabra (v. 10).
2. Era apenas un pastor de ovejas. En la escala social, alguien de menor jerarquía, por lo general personas muy sencillas y jóvenes.
3. Experimentaba mucha soledad y días largos en el desierto con las ovejas.
4. No tenía posesiones.
5. Tenía poca credibilidad (v. 1)

En el versículo 11, Dios menciona tres discapacidades físicas mucho más serias y complejas que tener un impedimento en el habla o, en sus propias palabras, ser “tardo en el habla y torpe de lengua” (v. 10). No poder hablar (en

público) con facilidad podía ciertamente perjudicar la misión que Dios le estaba encomendando a Moisés. Dios, sin embargo, le responde: “No te preocupes, estás cubierto, porque yo soy el Creador que le dio la boca al hombre para hablar”. Después de cuarenta años cuidando ovejas en el desierto, aislado de todo el mundo, el habla puede afectarse. Recientemente supe de un reo que estuvo condenado a muerte durante más de veinte años, hasta que descubrieron que era inocente. Cuenta él, que perdió la facultad del habla por tres años por haber estado incomunicado por completo de otras personas durante tanto tiempo.

En el caso de Moisés, “corto de palabra” significaba que no dominaba la lengua hebrea, por haber sido criado en Egipto.

Todo esto cambió en este encuentro con Dios. Sabemos esto muy bien porque el escritor del Pentateuco, o sea, de la Torá, no podía ser “corto de palabra”. Además, en Hechos 7:22, Esteban dice categóricamente que “fue enseñado Moisés en toda la sabiduría de los egipcios; y era poderoso *en sus palabras y obras*” (itálicas añadidas).

Recuerdo que las primeras veces que tuve que predicar en inglés, no siendo mi lengua materna, me costó mucho, ya que las palabras no fluían y las tenía que rebuscar en mi mente y mi memoria. ¡Fue muy difícil al principio!

“Definitivamente, no estoy capacitado para este llamado de Dios”, se cuestionaría Moisés con la pregunta. Pero ya sabemos que Dios no llama al capacitado, sino que capacita al que llama.

Cuando comencé mi peregrinaje de servicio a Dios en el ministerio, e incluso en muchas etapas del camino, me he hecho esa pregunta; más aún ahora en esta jornada de

mi ministerio: ¿Quién soy yo para ir y ministrar a miles de pastores y líderes en un tiempo como este?

Tenemos que estar seguros de quién nos llamó. Algunos casos no son por llamamiento, sino por “empujón”: “A mí me pidieron que hiciera esto, pero [...]”.

Moisés no estuvo solo en su llamamiento: Dios le proveyó a Aarón. Y es que todo Moisés necesita un Aarón a su lado.

Pero a pesar de todo lo que Aarón representó en su ministerio, su presencia no privó o desplazó a Moisés de su llamado y liderazgo. Aarón complementaba a Moisés y llenaba los vacíos que Moisés no podía llenar, aunque también cometió errores. Aarón, el hermano mayor de Moisés, fue sumo sacerdote, ministro y portavoz ante el pueblo de Israel. Sostuvo las manos de Moisés junto a Hur durante una batalla crucial (Éxodo 17:12). Sucumbió ante la presión del pueblo, pues no tuvo un liderazgo fuerte cuando construyó el becerro de oro y se hizo cómplice de la idolatría. Finalmente, no entró a la tierra prometida.

¿Qué quiere decir esto? Que los Aarones que Dios pone en nuestro camino durante nuestro llamamiento y consecuente ministerio, nos complementarán con virtudes, pero también con fallas y defectos. Debemos ser conscientes de esto para que no nos tome desprevenidos.

UN LLAMAMIENTO DE VERDAD

Conozco a Gonzalo y a Lisa desde hace más de cuarenta años. Ellos conocieron al Señor gracias al ministerio de mi padre en la década de los setenta. Éramos parte del grupo de jóvenes de la iglesia. Fuimos a retiros, repartimos literatura y testificamos en las calles del barrio de Aluche y

en el campus de la Universidad Complutense en Madrid. Atesoro gratos recuerdos con ellos, como cuando Gonzalo y otros jóvenes dormimos en la furgoneta de la iglesia velando la carpa de campaña evangelística que habíamos puesto en el barrio durante varias semanas; cuando cantábamos en el coro de la iglesia, o cuando jugábamos al tenis en la Casa de Campo (un parque inmenso en Madrid). En fin, fueron años formativos para esta pareja, que son como mi propia familia de sangre.

A través de todos estos años, y luego de tener tres hijos muy majos (como decimos allá), siempre se mantuvieron activos sirviendo en diferentes capacidades en la iglesia local (Iglesia Evangélica de Aluche). Gonzalo trabajó y aún lo hace en varios ministerios a nivel nacional y otros de alcance mundial. En resumen, han sido y son una bendición, verdaderos dones para el Cuerpo de Cristo en España.

Actualmente, Gonzalo y Lisa son los pastores de la iglesia en Aluche. Son ejemplo de tenacidad, perseverancia y lealtad a Dios y su obra. En contra de todo pronóstico y de las opiniones humanas, Dios propuso que fueran los pastores de la iglesia que los vio nacer y crecer en Cristo, y andar los caminos del Señor. Son profetas en su propia tierra y sabemos que eso de por sí ya es un reto tremendo.

Le pedí que escribiera un resumen de su llamamiento para compartirlo con mis lectores, y aquí lo presento:

En el inicio de nuestro llamamiento, Dios usó la Conferencia de Evangelistas, para que, a través del conferenciante y su predicación de la Palabra, fuéramos tocados por el Espíritu de Dios a dedicar nuestras vidas a su servicio en la iglesia.

El texto fue 2 Reyes, pasaje donde el profeta Eliseo ayuda al rey a tener una visión más amplia y lanzar las saetas de salvación. El pastor Daniel Altare, de Argentina, puso un ejemplo de su ministerio que también cautivó nuestro corazón. En su iglesia tenían un punto misionero que iban a cerrar porque no había respuesta por parte del barrio, además de algunos problemas con los hermanos. Así que él pidió que le cedieran aquel lugar durante un año para trabajar con la gente y hacer crecer aquella iglesia que estaba un poco en ruinas. Ver cómo Dios le dio fuerzas y visión para desarrollar aquel lugar nos impresionó, al punto de que decidimos que queríamos hacer lo mismo con nuestras vidas.

Pasaron los años y nos dedicamos a trabajar en distintos organismos de ayuda a las iglesias con un propósito de evangelización, y así ha continuado hasta hoy. En estos años, Dios me ha dado toques de atención hacia un ministerio concreto, pero que yo no había visto ni había reconocido. Han sido días de lucha por querer identificar dónde estoy en este sentido.

Dios ha usado a Lisa de nuevo para hacerme ver con claridad a dónde Dios me está llamando a servirle. Lo ha hecho, evaluando los dones que Él me ha dado para su iglesia. Hemos visto que los dones más fuertes casi no los estoy utilizando y, sin embargo, los últimos de la lista son los que he priorizado y los que he desarrollado más, porque son los más vistosos y reconocidos por los demás. Afortunadamente, lo poco que

he desarrollado los más fuertes para la iglesia ha sido de bendición, a pesar de que no los he tenido en cuenta. Dios me pedirá cuentas del uso de esos dones para servir a la iglesia.

A esto, se le añade el hecho de que mi trabajo ayuda al despiste y desarrollo de esos dones más llamativos y reconocidos con un resultado visible en las iglesias y en los demás. Todo esto ha contribuido a no tener claro el lugar y el ministerio que Dios desea para mí y para mi esposa, mermando de forma considerable nuestra entrega y desarrollo de dones para edificar la Iglesia del Señor.

Ahora vemos y sentimos con toda claridad que nuestro deseo profundo es servir a nuestros hermanos en la iglesia a través del ministerio pastoral, haciendo uso de todos los dones que Dios nos dio.

—GONZALO